



terio que dicen San Pedro de Roda, frontero al través de donde fué despues acrecentada la villa de Empurias, y tan cerca de ella, que ponen solas tres leguas de mar entre la una y la otra. En este risco se conservaron al principio con temor de los españoles comarcanos, que les parecían ásperos y terribles, hasta conocerlos y tratarlos, y ver la manera con que los podían aplacar y traer á su conversacion.

Desde aquella fuerza ó castillo vinieron éstos de Ródas bajando sobre la costa del golfo: pusieron allí caserías fortificadas con gentes y reparos y con tolo lo que más convenia para la defension y recogimiento de sus navíos, y como por la parte más alta quedasen guardadas de cualquier afrenta con el amparo del castillo y el sitio fuese bien provechoso, brevemente se mejoró con vecindad de españoles que se les juntaron. Por tal manera, que pasados pocos dias se hizo lugar señalado y honrado, tal que pudo tener reputacion en la comarca; pusiéronle nombre Rodope, por ser naturales de Ródas aquellos que primero lo cimentaron, al cual hoy dia corrompiendo su vocablo, llamamos Roses, puerto bien conocido en la tierra de Cataluña, y segun que por la órden de los tiempos bastamos á conjeturar, fué comenzada su fundacion casi á los novecientos y diez años ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en los postreros dias del reinado de Josaphar, rey de Jerusalem. Así, que como este pueblo fuese cada dia creciendo en aquellas entradas de España, que se hacen al fin de los montes Pireneos, y los que lo moraban reconociesen la condicion de la gente que se les llegaba ser amorosa y agradable cuando no los trataban con rigor. Vistos los buenos asientos desta region y sus provechos abundantes de mar y tierra, fueron olvidando los tratos de la navegacion, y mucha parte dellos hicieron allí moradas pacíficas, recibiendo siempre consigo cuantos españoles querian venir á se les juntar: enseñábanles cosas de gran provecho que primero no sabian, en especial tejer cestas y serones, torcer sogas, lias y cuerdas de junco, que nace mucho por aquellas partes, lo cual se fué despues derramando por otras provincias comarcanas. Hasta su llegada, todo el aparejo comun con que los españoles ataban sus menesteres eran correas de cuero ó hiniestas dobladas ó gajos de ramos silvestres majados y torcidos. Enseñáronles tambien á tener molinos pequeños de piedra que traian á mano, segun que los usan hoy dia por muchas partes de Castilla, con que molian los materiales de que hacian pan, ahora fuese de castañas ó de bellotas ó nueces, como dicen

algunos, ahora de trigo, como se debe creer, ó de muchas otras simientes, pues en el primer libro dijimos el rey Abidis haber enseñado la manera de domar los bueyes para los uñir, sembrar y labrar la tierra con ellos. Procuraron tambien estos griegos de Ródas mostrar á los españoles sus comarcanos cierta manera de sacrificios y plegarias á los ídolos que consigo traian ellos, conformes á las costumbres de Grecia, con más ceremonias y más nuevas que nunca los españoles habian visto, particularmente los de la diosa Diana, con quien ellos tenian devocion, á la cual hicieron un templo dentro del mismo castillo, muy venerable y bien adornado, donde largos años despues ejercitaron aquella vanidad con gran acatamiento de esta diosa, tanto que despues del templo que estaba en Denia, el cual habian hecho primero los griegos de Zacinto á la misma Diana, segun declaramos en los veintiseis capítulos del primer libro, no tuvieron lugar los españoles antiguos donde más gente se allegase para tales sacrificios, ni con más devocion que en el templo que los de Ródas allí labraron. Tambien edificaron un oratorio dentro del mismo castillo para reverencia y honor del dios Hércules, con quien asimismo traian supersticiones y plegarias, en que le sacrificaban á ciertos dias y fiestas del año con la solemnidad y pompa que convenia.

Todas sus costumbres restantes así de religion como de tratos y manera de vivir, eran mucho semejantes á las mismas de los otros griegos, antiguos moradores en España, sino fué quanto á los sacrificios de aquel dios Hércules sobredicho, á quien generalmente todas las otras naciones de gentiles reverenciaban en sus ceremonias, con alabanzas y bendiciones devotas que le hacian y con otras muchas humildades, encomendándose á él. Estos de Ródas todo lo hacian al contrario, porque quanto hablaban con tales ceremonias eran maldiciones y denuestos y palabras injuriosas, mezcladas con risas y burlas que decian; no porque tuviesen á burla la divinidad deste su dios Hércules, sino porque creían ser en tal caso muy alta solemnidad, y de que más aquel demonio se contentaba; y á mi parecer acertaban en ello mejor que nadie, pues le trataban como merecía. Destos sacrificios y costumbres que mucho tiempo duraron en aquellas partes de España, hace mencion Juliano diácono y Juan Gil de Zamora en el tratado que recopiló de sus *Antigüedades Españolas* en lengua portuguesa, mucho conforme á lo que ponen las historias griegas en las usanzas de Ródas. Trajeron más estos de Ródas cuando vinieron



acá dineros de metal, con que trocaban entre sí mercaderías y negocios, porque ya en toda Grecia y en Asia y en otras partes del mundo habia dias que se usaba, y se tenia por muy buena invencion para cualesquier contrataciones; y como tal acometieron estos de Ródas con él á los españoles de su comarca para que les diesen á su trueco las provisiones y mantenimientos necesarios. En lo cual dicen haber sido los primeros de todas las naciones extrañas que llegaron en España, porque hasta ellos de nadie se halla relacion que viniesen de fuera con semejante trato de dineros. Los españoles comarcanos hicieron al principio gran burla dellos, teniendo por desvarío pedir mantenimientos ó cualquier otra cosa de las provechosas á la vida por aquel dinero, que no se podia vestir, ni comer, ni parecia herramienta para labrar alguna labor, ni traía utilidad para cosa del mundo puesto que lo deshiciesen; y quanto á lo demas, pues nadie podia tener todo lo necesario, figurábaseles ser mejor que las cosas quando se trocaban fuesen todas útiles de unos á otros, para que los trocadores quedasen cada uno con provecho, así el que daba como el que recibia. Por esta razon pasaban muchos años que, aunque los griegos de Ródas usaban su dinero, los españoles que moraban y negociaban entre ellos lo reputaron por invencion supérflua: pero tiempo vino despues, aunque fué muchos años adelante, que conocieron ser gran descanso tenerlo como cosa particular y señalada, con que todas las otras se cambiasen, y que para tal efecto fué lo mejor del dinero no poder aprovechar en otra cosa porque no periciese, pues habia de ser el precio de todo lo restante. Así que con aquel asiento que los de Ródas hicieron aquella vez en esta parte de España, y con algunos lugares que de nuevo poblaron en aquellas provincias, aflojó mucho la conquista de la mar que primero pretendian, y despues adelante todo su trato fué navegar livianamente con urcas, navíos de carga, sin fustas de guerra, para bastecimiento de las cosas que tenian menester en sus pueblos, ó para tratar algunas mercaderías en que ya pocos dellos entendian.

Fué junto con esto causa grande para desistir ellos de sus intentos comenzados haber salido de una tierra llamada Frigia en fin de los veintitres años arriba dichos, que se cumplieron en el año de ochocientos y noventa y uno, ántes de la Natividad de Nuestro Señor, otros mareantes con mucho poder de gentes y navíos muy armados y muy abastecidos de quanto convenia: éstos, como hallasen la flota

de Ródas dividida por muchas partes, unos en hacer este lugar de Rodope acá en España, otros en Francia, labrando cierta poblacion á quien hoy dia llamaron Ródes, que fué primeramente cabeza de los pueblos nombrados Rutenos; otros puesta ya su morada sobre el rio Rosne, que dijeron ellos entónces Ródano, por causa de Ródas, donde fué su naturaleza, tuvieron los de Frigia convenientes aparejos para sin estorbo derramarse por los mares y lanzar fuera dellas cualesquier corsarios que hallasen, de tal suerte que nadie les pudo contradecir en el agua por espacio de veinticinco años continuos que duraron en aquel ejercicio. Estos de Frigia, dado que su morada fuese contra las partes de Levante dentro de Asia, muchas historias verdaderas afirman su primer nacimiento y origen haber procedido en España, segun lo dejamos apuntado en el sétimo capítulo del primer libro, los cuales al principio cuando por allí pusieron su vivienda, se llamaban Brigos, y despues Frigos, y al cabo Frigios, como tambien Plinio lo señala entre los autores latinos, y por tanto hacemos en esta parte memoria dellos, y de la pujanza que por este tiempo trajeron en la mar, para que como gente de España tengan alguna relacion sus hechos en esta crónica española.

CAPÍTULO V.

Del espantoso encendimiento de fuego que cerca deste tiempo se prendió por un pedazo de los montes Pirineos, y del sitio y postura que tienen algunos ramos de montañas que dellos proceden, y se tienden por diversas provincias de España.

Ya en estos dias parece que lo más de la tierra de España estaba reparada de cualquier adversidad que le pudo venir, y poblada medianamente de vecindad en todo lo bueno della, tanto como en cualquier otro tiempo de los pasados, cuando de súbito sobrevino un tal desastre, que si le tocara por todo cabo como le fué particular, hiciera mayor destruccion y mayor daño que ninguno de quanto podamos escribir, aunque metamos en ello la sequedad de veintiseis años que della se dice, como ya dejamos escrito. Esto fué, que discurrendo los pastores vecinos al Pirineo con sus ganados por las veredas y valles comarcanos, encendieron fuego sobre lo postrero dellos, no temiendo que sucederia tal mal cual despues aconteció, sino procurando guarescer de los frios que tendrian, ó bastecerse de las cosas que comunmente tienen menester los pastores. La llama prendió de tal arte, que muy grandes



trechos de las montañas ardieron muchos días, y las pizarras hendieron con la calor demasada, los valles y recuestos echaban de sí tales ondas y grupadas de fuego, que no se podía declarar cosa más espantable ni temerosa. Viéronse desde la mayor parte de España los encendimientos, y pocas provincias hubo della donde no se divisasen las llamas ó la calma con toda la sobra de su calor; y no solamente se quemaron los árboles y las piedras, islas, hierbas y verdura, sino también las venas de los metales derritieron á toda parte con grandes arroyos de plata, que corrieron por lo más alto y más bajo de la tierra con abundancia maravillosa, forzados del ardor excesivo que penetró por los mineros adentro.

Lo cual parece verdaderamente que necesario debió ser así, pues el fuego creció tan sobrado cuanto las historias y cosmógrafos escriben, porque como dicen ellos, y claramente lo vemos, todas las tierras españolas son una pasta de metales y de pedrería preciosa, tal que los poetas fingían morar embajo de sus concavidades un demonio llamado Pluton, que certificaban antiguamente ser el Dios de la riqueza. Por causa del encendimiento dicen también que los griegos moradores en España, con sus historiadores, que después escribieron en aquella lengua, llamaron estos montes Pyreneos, el cual nombre todavía les dura hasta nuestro tiempo, y aún también entre todas las naciones que de ellos tienen noticia, porque Pyr en aquella habla quiere decir fuego, y Pyreneos cosas encendidas. Otros afirman que no por aquel fuego le dijeron Pyreneo, sino por tener sierras muy levantadas, y caer en ellas á la continua grandes rayos ardientes del cielo. Los poetas publican haber muerto cerca de estas montañas una doncella española nombrada Pyrene, de quien Hércules dicen que fue muy enamorado cuando caminaba por aquellas tierras, y que por haber sucedido su fallecimiento cerca de estos montes los llamaron Pyreneos; mas no se tiene por cierta la tal opinión, según que Plinio lo reprende manifestamente. La crónica del serenísimo rey don Alonso da la razón del nombre de estos montes Pyreneos en otra manera, diciendo que los españoles tuvieron un rey antiguo nombrado Pyrros, el cual después de pobladas muchas villas en diversas partes de ella, se retrajo contra las montañas arriba dichas, donde hizo lugares y villas con otras poblaciones muy buenas, y residió por aquellas comarcas hasta que murió dentro de estos montes; los cuales, según allí dice, fueron llamados montes Cetubales, por memoria de Tubal, el que primero

fundó los españoles, y que después los llamaron Pyrroneos en recordación de este rey Pyrros, y más adelante corrompiendo su vocablo los nombraron Pyreneos. Pero lo tal, á mi parecer, tan fabuloso debe ser como lo de la doncella Pyrene, pues ninguna crónica de las que tienen autoridad hace mención de este rey. Bien es verdad, que cuanto al encendimiento sobredicho no faltan autores de gran consideración que quieren dar á sentir no haber acontecido sólo en aquella parte de las cumbres orientales que dividen las Españas de Francia, llamadas ahora solamente Pyreneos, sino también por otros miembros de montañas que salen y se desparcen por dentro de España, enredando ciertas provincias della: las cuales dicen que por razón de se haber aquello encendido, y proceder todas estas cumbres las unas de las otras, así las que vienen dentro de la tierra, como las que como digo dividen á Francia de España, se llamaron todas montes Pyreneos en general, aunque particularmente cada cual de ellas tenga su nombradía. Mas porque todas estas cosas mejor se puedan saber, la crónica quiere declarar aquí qué ramales de montes sean éstos, y qué nombres tuvieron entre los antiguos, y por qué lugares conocidos pasan ahora, juntamente con las otras sus cosas notables. Dicen, pues, nuestros cosmógrafos antiguos, y vémoslo ser así cierto, que los primeros gajos ó ramales que salen de los Pyreneos orientales se desmembran dellos junto con aquella parte de Navarra que ya muchas veces dijimos nombrarse Roncesvalles, y pasa teñido y muy continuado de Oriente á Poniente, dividiendo con sus principios el término del dicho reino de Navarra con las provincias de Guipúzcoa y Alava, que son dos naciones españolas de quien adelante hablaremos muchas veces.

Salen por allí aquellos montes muy encumbrados y muy altos, los cuales nombramos en este nuestro tiempo las sierras de Uraba, y poco más adelante la sierra de Encia, que tocan á la sierra de la Población entre Logroño y Salvatierra de Alava; desde allí pasan por cerca de Victoria, y por las faldas de las montañas de Castilla la Vieja, cerca de la tierra llamada Campo, donde fué siempre villa principal Aguilar, junto con las Astúrias de Santillana y de Oviedo por encima de Saldaña, y de Carrion, y de Sahagun, y de Leon, y por cerca de Luna y de Astorga. En todo este trecho sobredicho parecen aquellos montes muy gruesos y muy anchos, tanto, que contra su vertiente septentrional echan de sí tantos brazos, y tan juntos y tan encadenados unos con otros, que ocupan



toda la más tierra que va desde allí hasta la mar de España que bate por aquel cuarto lado de ella, que ya declaramos en el segundo capítulo del primer libro, de los cuales brazos uno sólo tiene nombre particular, á quien los cronistas y cosmógrafos antiguos llamaban Huvindio, casi en el medio de las Astúrias. Poco más adelante de Leon, en el camino derecho que va desde Luna para Oviedo, se comienzan á dividir estas sierras en dos miembros, el uno descende torcido contra Mediodía, pasando entre Astorga y Ponferrada, donde se hacen los puertos del Rabanal, y después va por la Prova de Señabria, villa bien conocida en el pié de esta montaña, cerca de la parte donde se hace la gran cumbre nombrada de Sospacio. Pasa después junto con Bregancia, por los principios del reino de Portugal, que confina con el reino de Leon; y más adelante siempre van estos pedazos de montes contra la parte de Mediodía hasta dar en las riberas del río Duero, y en tocándole vuelven la vía del Poniente siempre sobre sus aguas, hasta dar en la mar, haciendo la tierra por donde pasan mucho fragosa y desabrada, por cuya razón todos sus confines y comarcas son ahora llamadas la tierra de Tras los montes entre la gente portuguesa. El otro ramal ó gajo compañero deste, sale más derecho contra la región occidental, y después á poco trecho se tuerce disimuladamente sobre Mediodía, conformándose con el camino del primero desviado dél casi por igual. Desciende por encima de Villafranca, lugar bien señalado cuatro leguas adelante de Ponferrada, y pasa por el puerto llamado Cebreros de Galicia, que también es ahora muy conocido, juntamente con el de Rabanal que primero dijimos, por ser ellos ambos dos pasos que atraviesan los peregrinos y romeros cuando vienen á la devoción del Señor Santiago en Compostela, por el camino que dicen franceses ó de los extranjeros. En este ramo de montañas viven ahora pueblos y gentes que lo tienen todo lleno, donde nacen muchas fuentes y ríos asaz provechosos, de los cuales el más afamado llaman ahora Syl, cuyas aguas corren algún trecho por las faldas orientales de estas cumbres hasta juntar con el valle de Quiroga, donde se comienzan á torcer contra el Occidente, para venir á mezclarse con el río Miño que fué siempre mayor y más principal entre los ríos de Galicia, y por salir á él; se mete también este Syl en este monte sobredicho, rompiéndolo y atravesándolo por aquel valle de Quiroga, cerca del castillo de los Novaes, tierra de las encomiendas y jurisdicción pertenecientes á la religión del hospital de San Juan de

Jerusalen, por la cual comarca pasan aquellas cumbres después que salen de Cebreros. Y desde allí van por cerca de Monterey, junto al castillo de Verin, y luego se lanzan en Portugal, pasando cerca de Chaves, y de Villapoca, y de Villareal, y no léjos de Lamego, hasta dar en el río Duero, donde se incorpora y se junta con el otro primer gajo su compañero; por manera que la tierra que dentro de ellos ambos se contiene, queda hecha casi cuadrada en su facción.

Lo restante del cuerpo principal donde salen estos dos gajos ó miembros sobredichos, viene (después que los echa de sí) por Galicia, derramándose como red por toda ella, hasta que fenece en el cabo de Finisterra, y en los puertos y marinas de esta provincia, haciéndola muy áspera y arriscada. Pero lo que sobre todo señalan los cosmógrafos como cosa principal en la parte perteneciente á este ramo grande que va desde Navarra hasta las Astúrias, es, que sale del río Ebro con otras muchas aguas y ríos crecidos y caudalosos. Y es de considerar que todos cuantos humores manan en sus vertientes contra la parte de Mediodía desde las fuentes de Ebro hasta Roncesvalles, vienen á parar en el mismo río Ebro, con que se hace mucho poderoso; y las aguas quesalen de él contra la parte del Occidente por el dicho lado meridional se juntan con Duero, sino son los ríos del Sil y de Miño y algunos pocos de Galicia, que los unos van á la mar enteros y libres, y parte dellos viene al Miño. Todas las otras aguas que salen por las vertientes septentrionales acaban en el mar de las Astúrias y de Vizcaya y de las otras provincias del cuarto lado de España. También notan en este monte los cosmógrafos antiguos desgajarse de él cerca de las fuentes de Ebro, el gran monte Idubeda, que es el segundo monte de los principales que atraviesan por dentro de España, del cual ya dejamos hecha relación suficiente en el sexto capítulo del primer libro cuando se dijo que venía desde Aguilar de Campo, discurriendo por cerca de Briviesca, y que después daban en Villafranca, donde se llaman los montes de Oca, y que desde allí descende por las cumbres de Orbion, donde moraron antiguamente los españoles nombrados bracos ó duracos, cercano á las fuentes del río Duero, y que después pasa este monte entre Yanguas y Soria, formando la serranía de Yanguas y la de Garray, y desde allí por Agreda, y por junto de Moncayo, llamada Cauno entre los antiguos, y más adelante por el reino de Aragón, cerca de Calatayud, y después por cerca de Daroca y de Her-